**Jueves después de Pentecostés**

**Jesucristo Sumo y Eterno Sacerdote**

27 de mayo de 2021

Is 52, 13-53,12  
Sal 39

Lc 22, 14-20

*P. Eduardo Suanzes, msps*

Dios, sin necesidad alguna, gratuitamente, ha venido en Jesús a asumir total y radicalmente la condición humana; así, como suena... Y a través de ese asumir total y radicalmente la condición humana ha llevado al hombre hasta Él, también de una forma total y radical. Por eso decimos que Jesús es Sumo Sacerdote. Jesús es el que realiza la perfecta unión entre Dios y el hombre, entre el hombre y Dios. Para celebrar y agradecer hoy este misterio de Jesucristo Sumo y Eterno Sacerdote, la liturgia nos propone, para nuestra reflexión y edificación, las lecturas de Isaías, por un lado, en la que se describe al Siervo doliente de Yahvé, triturado por nuestros pecados, y, por otro, en el Evangelio, la institución de la Eucaristía. ¿Qué tienen en común ambos textos? Y, ¿por qué relacionarlos con Cristo Sacerdote?

Al final del llamado Libro de Isaías aparece en cuatro textos una figura un tanto enigmática, que se ha llamado «El Siervo de Yahvé». Es la viva contraposición del Mesías Davídico triunfante. Frente a la figura de la presencia poderosa de Dios que viene desde el poder, la figura del «siervo sufriente», el que carga con las culpas de otros, el que se da por los otros, el que asume la realidad débil y pecadora de los otros en favor de ellos. Es la teología de la cruz, en toda su contundencia. Resulta impresionante comprobar con qué sorprendente exactitud se puede aplicar a Jesús este texto escrito siglos antes (allá por el 540 a.C.). Con razón la Iglesia lo entendido como «profético», como un anuncio inspirado de lo que se realizaría en Jesús.

Pero es más significativa aún la inversión que el texto supone: la destrucción de todo mesianismo triunfal: el anuncio de que Jesús no es el Rey que viene con poder, sino el que quita el pecado del mundo por su cruz y su resurrección, haciéndose siervo y último. No se trata de la presencia mesiánica triunfadora sino de la entrega incondicional, a través del sufrimiento incluso hasta dar la vida[[1]](#footnote-1).

Al asumir Jesús exactamente ese mesianismo, al asumir la realidad humana con todas sus consecuencias, Dios dejó de ser el innombrable, el intocable, el absolutamente transcendente, el imposible, para hacerse tocable, cercano. A partir de entonces, lo humano es divino y lo divino humano en Jesús. Eso es Jesús Sacerdote: el que en Sí mismo une a Dios y al hombre, lo humano y lo divino. Por Jesús, en Él tocamos a Dios, y en Él, por el Espíritu, estanos en su Presencia. Y a este lugar santísimo accedemos realmente siempre que se actualiza el momento del calvario: la eucaristía.

En los sinópticos, y en este caso, en el relato del Evangelio de Lucas que hemos leído, lo que sucede en la Ultima Cena es precisamente el relato teológico de lo que acontecerá al día siguiente, lo profetizado por Isaías con el Siervo de Yahvé. Podríamos decir que el relato de la pasión-muerte-resurrección de Jesús se «dice» en el evangelio de dos formas: una teológica (la institución de la eucaristía) y otra narrativa (la consecución de los hechos en sí): uno y otro se explican mutuamente, y explican que Jesús dio su vida todo lo que él es por el hombre hasta el límite para que el hombre tocara a Dios en él.

Atendiendo al texto del evangelio, la palabra «cuerpo» no indica, en la Biblia, un componente o una parte del hombre que, unida a los otros componentes, que son el alma y el espíritu, forman el hombre completo. En el lenguaje bíblico, y por tanto en el lenguaje de Jesús, «cuerpo» designa al hombre entero, al hombre en su totalidad y unidad; designa al hombre en cuanto que vive su vida en un cuerpo, en una condición corpórea y mortal[[2]](#footnote-2). Por tanto, según las palabras de Jesús, el pan que ha cogido y distribuido representa a su persona viva y activa, en su condición histórica, tal como la conocen los discípulos. Por tanto, el cuerpo es Jesús en toda su realidad, todo su ser y vida.

Pero es que aún hay más. En el contexto judío, sin embargo, el pan tenía además un significado más allá de su realidad material. De hecho, era metáfora de la Ley[[3]](#footnote-3), pensando que ésta, en cuanto norma de conducta, alimentaba y daba vida al hombre. En este sentido metafórico, la vida que da el pan rebasa la vida física e incluye la que viene de Dios. Ahora bien, al identificarse con el pan, Jesús toma el puesto de la Ley; ésta, en cuanto alimento y norma de vida, queda sustituida por él mismo; él es la norma, el único pan capaz de dar vida plena. Lo que da vida al hombre no es ya un código escrito, sino la asimilación a la persona de Jesús («comer de su pan que es su cuerpo, su vida»). Por eso es que dice en Juan: «*Yo soy el pan de vida...* » El que come su carne y bebe su sangre tendrá vida en él. El que no come su carne y no bebe su sangre no tendrá vida en él[[4]](#footnote-4). Sus palabras son claras: ***no se puede tener vida más que por la comunión en Jesucristo***.

«Comer el pan» y «beber de la copa» son actos inseparables. El pan representa, pues, la persona y obra de Jesús, la nueva ley que es el mandamiento del amor; la copa, el vino, la sangre ¿qué añade a la vida que Jesús ha entregado con el pan, con su cuerpo? Eso es lo que añade la copa a la vida: añade la muerte. Porque la sangre en la mentalidad judía es la sede de la vida: una sangre derramada es pues un acontecimiento, es una vida entregada. «*Por sus llagas hemos sido curados*», dirá la Primera Lectura, es decir, por la entrega de su vida obtenemos la vida plena, la unión con su Padre: ese es nuestro sacerdote, Cristo Jesús.

Jesús es el hijo amado del Padre, su predilecto, su hijo querido en quien él se complace, siendo uno con él; pero junto a esta intimidad con su Padre, el otro aspecto de Jesús que le hace ser el Sumo Sacerdote perfecto es el de su extraordinaria solidaridad misericordiosa; su solidaridad extrema para con todos nosotros hasta el punto de hacerse siervo del ser humano dándose a sí mismo por completo. Él no se separa del pueblo (como hacía el sumo sacerdote del Antiguo Testamento): se hace uno con nosotros: «*Padre, que ellos sean uno en mí como tú y yo somos uno*»[[5]](#footnote-5). No se puede tocar al leproso sin volverse impuro; no se puede abrazar a quien está en la acera desde la azotea; no puede haber compasión con el que sufre desde la diversión: el amor implica implicación (valga la redundancia) y esa es la expresión solidaria de Jesús sacerdote. Amamos, agradecemos, celebramos, admiramos…, la unión de Jesús con el Padre, la intimidad incomprensible para nosotros que se nos ha mostrado en los evangelios; y amamos, celebramos, agradecemos y admiramos la extraordinaria solidaridad que nos ha manifestado dándosenos por completo para que en él lleguemos a la misma intimidad con el Padre.

1. Cfr. José Enrique Galarreta. Is 52,13-53,12. En www.feadulta.com [↑](#footnote-ref-1)
2. Rainiero Cantalamessa, *La eucaristía, nuestra santificación*. Ed. C.B. Comercial de Publicaciones. Valencia, 1997 [↑](#footnote-ref-2)
3. Recuerden la tentación del desierto: «*haz que estas piedras se conviertan en pan […] No solo de pan vive el hombre, sino de toda Palabra que sale de la boca de Dios»;* además: *¡Mi alimento es hacer la voluntad del Padre!*» Es decir el pan verdadero es la voluntad de Dios, la Ley de Dios… [↑](#footnote-ref-3)
4. Cfr. Jn 6,52-59 [↑](#footnote-ref-4)
5. Jn 17,22 [↑](#footnote-ref-5)